

# Carta de Costa Rica

## El año de Max Jiménez

*Carlos Cortés*

«Era hombre grande, grueso, de pelo y ojos claros y de risa infantil. Parecía un hombre puro... Era rico, amado por una mujer excepcional, hacía del mundo entero teatro de sus placeres y además quería ganar en la llana lotería de las notoriedades. Ensayó todas las artes menos la música... era un escultor. El mismo parecía una escultura», escribió de él el prolífico escritor español Ramón J. Sender.

Sender lo incluyó en 1970 en su *Nocturno de los 14*, un estrambótico catálogo de suicidas, al lado de Hemingway, y en este ensayo de ficción novela una existencia de artista maldito, creador atormentado y millonario en crisis en busca de sensaciones fuertes, viviendo y sobreviviendo entre Madrid, París, La Habana, México, Santiago, Buenos Aires y Nueva York.

Muerto en Buenos Aires, en 1947, sin que se haya probado su autoinmolación, y nacido con el siglo, la vida y la obra del vanguardista costarricense Max Jiménez encendieron una leyenda dorada que es el objeto de una gigantesca retrospectiva de rescate que ocupa los salones del Museo de Arte Costarricense (MAC).

En las crónicas parisinas de los veinte era ya una figura imponente y no solo por sus excesos: más de 1,90 m. de estatura, una fuerza y una personalidad descomunales, una pintura de grandes volúmenes y distorsiones, una escultura de granito y una vitalidad que oscilaba entre la euforia de los paraísos artificiales y el fracaso de no hallar la forma perfecta.

Miguel Ángel Asturias le dedica uno de sus primeros artículos. Amigo de Vallejo y de Siqueiros, corresponsal de un jovencísimo Camilo José Cela, coleccionista de Modigliani y alabado por Gabriela Mistral, Jiménez lo intentó todo sin lograr el reconocimiento unánime que esperaba y sin escapar del siniestro fantasma de la vida de provincias que lo ahogaba desde que salió de Costa Rica tras el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó la carrera de «hombre de negocios» en Londres, que le ofrecía como una obligación irrenunciable su familia, y se refugió en París.

Durante medio siglo, la importancia de su obra pictórica, que constituye su verdadera legado, permaneció oculta debajo de un personaje de contornos míticos y ubicua presencia. Anderson Imbert lo retrata como «uno de

los subversivos de la posguerra». César Vallejo, en sus cartas, lo recuerda como el latinoamericano que lo salvó entre 1924 y 1926 de la pobreza en París, legándole un fabuloso *atelier* de techo de cristal en el número 3 de la rue Vercingetorix. El poeta peruano le escribe en 1926: «No sería extraño que en su espíritu palpite un gran poeta del verbo, ya que lo es Ud. desde hace mucho tiempo, en materia de granito y talla directa».

Aunque algunas de sus esculturas fueron adquiridas, según testimonios de época, por el Museo de Arte Moderno de Nueva York, hoy no queda rastro de ellas en los catálogos oficiales. La retrospectiva del MAC es la más importante muestra de su obra plástica desde las grandes exposiciones de óleos de La Habana, en 1942 y 1943, pocos años antes de su muerte, y en las que fue presentado por David Alfaro Siqueiros y por José Gómez Sicre, el más influyente crítico cubano del siglo.

Al final de su vida, Asturias escribió: «Max Jiménez es el artista centroamericano que más honda huella dejó en mi generación por el valor expresivo de su obra. Y me refiero a su poesía, a sus cuentos, su grabado y su pintura. A la angustia personal por el reconocimiento debo resaltar su generosidad, su entrega al arte, el dolor de reflejar en éste su propia vida y la de quienes le acompañamos en sus crisis existenciales. Admito que no se le ha valorado en absoluto. En una o dos enciclopedias se recoge su nombre y algunos detalles de su biografía, pero nada de eso le hace justicia. Max fue, en verdad, un artista grande, monumental, resistente al tiempo y al olvido».

A partir del descubrimiento de Picasso, la pintura de Jiménez corre pareja a la evolución de la brasileña Tarsila do Amaral y a la búsqueda de la vanguardia latinoamericana en Europa, en el periodo de entreguerras: incorporación de negros, mulatos, mestizos y motivos populares, imágenes y temas tropicales, colores vivos y pigmentos vegetales, formas experimentales y elementos eróticos, rostros expresionistas, deformación de la naturaleza y de la figura, volúmenes monumentales, contornos grotescos y climas sobrenaturales, casi surrealizantes.

El crítico mexicano-español que firmaba en París con el pseudónimo de «El Abate de Mendoza» dijo que «Max aspira a la escultura absoluta, a la forma plástica pura. Quedan en su obra restos de la expresión naturalista que no desdeña porque su arte sólidamente terrenal no quiere abandonar por completo lo real: quiere, no más, sobrepasarlo».

La retrospectiva de 1999, titulada *Un artista del siglo*, y que ocupa buena parte del antiguo aeropuerto de La Sabana, hoy convertido en museo, incluye 46 pinturas, 11 esculturas, 32 dibujos y numerosos objetos del pintor, entre fotografías, caricaturas y recuerdos personales, además de la colección de las ediciones originales de sus libros y catálogos.

Como parte de una investigación de años, el MAC logró catalogar y publicar su obra pictórica y escultórica completa, la cual abarca un total de 64 pinturas –15 de las cuales se hallan fuera de Centroamérica o perdidas– y 14 esculturas. La Universidad de Costa Rica y la Universidad Nacional reunieron en un solo tomo su obra literaria en una edición crítica, que recoge tanto los libros publicados en Francia y España –los poemarios *Gleba*, 1928, *Sonaja*, 1930, y *Quijongo*, 1933– como los editados en La Habana –la farsa surrealista *El domador de pulgas*, 1936– y en Chile –el poemario *Revenar*, 1936, y el inclasificable *El jaúl*, 1937–. Con sus últimas obras en prosa Jiménez intentó una transición entre el naturalismo desgarrado de su visión de mundo y el grotesco fantasmagórico y cruel del final de una vida doliente y difícil.

En una de sus últimas cartas a Jiménez, César Vallejo le dice melancólico: «Los amigos de Montparnasse han desaparecido casi en su totalidad. Unos se han vuelto a América, otros han partido a viajar sin saber por donde. En especial, de aquel simpático grupo de muchachos que era el nuestro, ya no queda nadie. Yo mismo voy muy poco por *La Rotonde*. La vida es así, mi querido Max. No en vano transcurre el tiempo, como dicen las viejas».

Después de París, Jiménez intentó probar, sucesivamente y sin agotarlas, las más variadas formas de expresión artística sin conseguir sentirse cómodo o satisfecho de ninguna de ellas. La insatisfacción es, a la manera de una marca de agua, una presencia constante en todo su legado.

Quizá nadie lo entendió mejor que Sender cuando 20 años después de su muerte en Buenos Aires escribió: «Max a los treinta años comenzaba a sentirse viejo. El, que estaba naturalmente incapacitado para la vejez. Sin darse cuenta amaba a su exquisita hembra como sólo pueden amar los artistas frustrados, es decir, poniendo en su pasión el frenesí de la venganza... Lo recuerdo a Max sin pena. Vivió una vida llena de placeres legítimos. Pero era un niño con demasiados juguetes. El suicidio era la única experiencia de lujo que le faltaba».

